



LOBOS DE HISPANIA

Jesús Martín

LOBOS DE HISPANIA



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jesús Martín

© Ilustración de portada y mapa: José Gabriel Espinosa

ISBN: 978-84-18828-22-5

ISBN digital: 978-84-18828-23-2

Depósito legal: M-19660-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A María del Carmen, Juampa y Javi.
Ellos son los pilares de mi vida,
siempre en compañía del recuerdo de mi padre,
cuyo ejemplo sigue presente en nuestra memoria.*

Ágil, belicoso, inquieto.
Hispania es distinta de Itálica,
más dispuesta para la guerra
a causa de lo áspero del terreno
y del genio de los hombres.
TITO LIVIO,
sobre el carácter de los hispanos.

PARTE I
LA LLEGADA DEL CÓNsul

HISPANIA

AÑO 195 A. C.

Nada más poner los pies en Hispania, el cónsul Marco Porcio Catón respiró profundamente y contempló el paisaje que se abría ante sus ojos. A su espalda, los legionarios abandonaban las naves en medio de un sobrecogedor silencio. Eran tiempos difíciles para los soldados desplazados a la península. Las continuas revueltas íberas se habían cobrado ya demasiadas vidas, amenazando con reducir el dominio y la influencia que Roma había alcanzado más allá del Mediterráneo, donde las legiones se desangraban ante los pueblos indígenas que sacudían los cimientos de las provincias.

—Publio, ven —el cónsul habló con la firmeza que le caracterizaba entre quienes, ya fueran amigos o enemigos, no resultaban indiferentes a su arrolladora personalidad.

Publio Manlio había sido nombrado pretor aquel mismo año, correspondiéndole como destino la provincia de la Hispania Citerior, donde, para su desgracia, se concentraba el mayor derramamiento de sangre llevado a cabo por los pueblos sublevados. Al igual que el resto de los hombres allí desplazados, se encontraba en un estado de ansiedad y, sobre todo, de alerta ante lo que pudiera esperarle en aquel lugar maldito.

El pretor se situó junto a Catón, que lo escrutó con una mirada fija, dibujando una extraña mueca.

—Sé que tú y la mayor parte de los legionarios consideráis este día como uno de los peores de vuestra existencia. Pero créeme, Publio, cuando te digo que nos encontramos frente a las puertas de nuestra mayor gloria si sabemos aprovechar los recursos que el Senado nos ha ofrecido para llevar a cabo este peligroso cometido.

—Los legionarios están nerviosos.

—Y no les falta razón. Acabamos de desembarcar en una tierra donde han sucumbido no solo incontables legionarios, sino también pretores o cónsules que muchos veían como favoritos de los dioses. No olvides que nos encontra-

mos en el lugar donde los Escipiones perdieron la vida. Cneo y Publio murieron a manos de los cartagineses, y aunque Aníbal y sus hermanos ya no sean la mayor de nuestras preocupaciones, debemos ser conscientes del peligro que corremos, desde este mismo instante. Recuerda que tu antecesor también ha perdido la vida aquí, en una de las heroicas luchas que han tenido lugar durante la sublevación. Si Cayo Sempronio hubiera dispuesto de cuatro legiones, ¿crees que habría perdido la vida?

—También contamos con aliados...

—Olvídate de los aliados. Las lealtades de los hispanos cambian según el peligro que puedan encontrar a su alrededor. Y en estos momentos, el peligro para los pueblos que nos apoyen es mayor que nunca. Ni siquiera nuestros aliados más cercanos lograrán resistir a quienes, desde sus fronteras del interior, les tienden una mano mientras, con la otra, los amenazan con la espada. No, querido amigo. No podemos confiar en ninguno de esos pueblos que consideramos como aliados. Pero hay algo que juega a nuestro favor. La diversidad de esos pueblos.

—¿La diversidad?

—Así es. Resulta difícil atacar a los lobos que siempre van en manada, pero cuando las bestias son solitarias, o incluso se atacan entre ellas, resulta mucho más sencillo darles caza, ¿no crees?

Publio asintió a las palabras del cónsul. La imagen del lobo definía bien a unos pueblos que siempre había visto como salvajes y peligrosos, incapaces de respetar una alianza. Y ahora, la sublevación de la provincia Citerior ponía en peligro la supremacía de Roma en unas tierras cuyos recursos alimentarían no solo las legiones allí destinadas, sino que servirían para dotar a la República de riquezas con las que afrontar las guerras dispersas en los demás territorios conquistados.

—El Senado ha estado demasiado ocupado en las guerras contra los macedonios —Publio se esforzaba por seguir los pasos de Catón, que parecía tener prisa por alcanzar un lugar en el que establecer el campamento—, y ha descuidado la defensa de los territorios conquistados en Hispania.

—Tenemos la oportunidad no solo de restaurar nuestro dominio, sino también de expandirlo. Publio Cornelio Escipión se valió de continuas alianzas en su trato con estas gentes, y esas alianzas han sido nuestra debilidad. El trato de favor dado a esos pueblos ha desembocado en las rebeliones que ahora debemos sofocar. Los tiempos de las alianzas con estos pueblos se han terminado, Publio. Desde este instante, solo alcanzaremos acuerdos que nos permitan ventajas inmediatas, y con aquellos pueblos cuya traición resulte, de algún modo, insignificante.

—¿Crees que de ese modo restableceremos la paz que el Senado reclama para las provincias?

—Disponemos de hombres suficientes como para aplastar a todo aquel pueblo que se nos resista. Ya no sirven las buenas palabras, ni las promesas de paz y perdón. La espada, Publio —el cónsul desenvainó su arma, que centelleó con el cálido roce del sol—. Es hora de que entiendan el lenguaje de la espada. Ocupate de que los legionarios lo tengan claro, si es que quieren regresar algún día junto a sus familias.

UNA VENGANZA EN LA NOCHE

—No te muevas —susurró Eileen a su hermano, a quien sujetaba con fuerza en el suelo para evitar que cometiera una locura—. Aún debemos esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó Cedric, a punto de dejarse llevar por el ímpetu propio de un joven que apenas ha dado sus primeros pasos en el arte del combate.

—A que los demás estén preparados —respondió Eileen, dirigiendo la mirada a uno y otro lado.

El chico accedió. Su hermana mayor no era precisamente una aprendiz de guerrera. En el poblado era bien conocida, no solo por sus habilidades en la forja. El manejo de los metales para la elaboración de armas y amuletos era una pasión que compartía con el uso de la espada y el empleo del dardo en la caza; unas destrezas que había heredado de su padre, uno de los líderes de las tribus. Habitaban un pequeño castro ubicado en las inmediaciones de una costa gobernada por poderosos acantilados. En aquel hermoso paraje donde el mar alzaba su grandiosa voz a través de las gigantescas olas que arremetían contra las rocas, Eileen y su hermano se habían criado en el entorno de una de las familias más queridas y de mayor influencia entre sus habitantes.

La felicidad con la que el dios Lugh parecía haber bendecido a unas tribus ocupadas continuamente en la ganadería y el trabajo con el metal se había desvanecido de forma súbita. El horror y la muerte habían sacudido varias poblaciones con la llegada de los clanes que, venidos del oeste, no hacían más que saquear los poblados que pudieran ofrecerles aquello que ellos no parecían dispuestos a conseguir con su esfuerzo, o la propia tierra donde habitaban parecía negarles.

La familia de Eileen había sufrido el ataque de uno de esos pueblos entregados al pillaje y el asesinato. Fergal, su líder, era conocido por muchos como uno de los más sanguinarios bandidos y ladrones de caballos y ganado.

Un azar caprichoso y cruel había guiado a Fergal y algunos miembros de su tribu hasta el poblado en el que habitaba la familia de Eileen. Por fortuna

para ella, en ese momento se encontraba junto a la costa en compañía de su hermano, tratando de aplicar los sabios consejos de su padre para que la pesca fuera abundante.

Los diversos muros que protegían las pequeñas viviendas circulares del poblado no habían logrado evitar que los bandidos alcanzasen su interior, arremetiendo contra todos aquellos que encontraban a su paso, sembrando el poblado de sangre y muerte. Para cuando Eileen y su hermano quisieron llegar hasta los suyos, las primeras llamas de fuego comenzaban a devorar con avidez los tejados de varias casas, entre las que se encontraba la suya. Escondidos en las inmediaciones del muro, únicamente podrían contemplar la huida de los bandidos, con el corazón roto por el dolor y candente por el deseo de venganza.

La venganza era lo que los había llevado hasta allí.

La luna brillaba con fuerza, derramando un haz de luz pálida que a ojos de Eileen y su hermano delataba el avance de cuantos se habían unido a ellos en el inminente ataque. Mientras aguardaba el momento adecuado, la guerrera se dejó llevar por los recuerdos del poblado en llamas y el sonido de la muerte en forma de gritos y lamentos.

Las voces de Fergal y cuantos le acompañaban hicieron que aquellos pensamientos de dolor se tornaran en presagios de venganza frente a quienes habían asolado su poblado con la intención de robar caballos y armas. Eileen había sido testigo del modo en que Fergal había acabado con la vida de su padre para después decapitarle y llevarse su cabeza como trofeo del saqueo. No había compartido esa terrible visión con Cedric, pues sabía que el joven, que apenas contaba quince años, caería presa de un odio aún mayor, una furia que tal vez lo empujara a cometer una locura.

—Los cogeremos por sorpresa —susurró Eileen—. No debe quedar ni uno solo vivo.

Su hermano asintió y, tras ver la señal que la guerrera hacía a cuantos avanzaban a la retaguardia del grupo, dispersos a uno y otro lado, inició un lento avance para internarse entre los árboles y matorrales que, como un muro invisible en mitad de la noche, se interponían entre la oscuridad donde se encontraban ellos y el claro en el que Fergal y los suyos descansaban, confiados en que nadie se había atrevido a seguirlos tras la matanza.

Eileen caminaba con paso decidido, guiada por las voces de sus enemigos y la luz que, a lo lejos, se filtraba entre los troncos de los árboles. Una frágil satisfacción se apoderó de su ser, pues ella misma había propuesto a los supervivientes del poblado salir a la búsqueda de la tribu de Fergal. Creía conocer bien a aquel hombre del que su padre ya le había hablado en alguna ocasión,

mediante relatos en los que se mencionaba un horror que finalmente se había convertido para ellos en una trágica realidad. Y estaba convencida de que ese asesino era lo suficientemente engreído y confiado como para estar seguro de que los escasos supervivientes del ataque no irían tras él.

A pesar del frío que dominaba la noche, Eileen sentía el ardor que recorrería su cuerpo, una ira contenida a punto de ser desatada sobre aquel grupo de malnacidos. Se acercó lo suficiente como para poder distinguir a su líder. Fergal hablaba mientras el resto, en su mayoría guerreros jóvenes, escuchaba atentamente. Eileen paseó la mirada por aquellos que tal vez no superarían la edad de su hermano, pensando que probablemente el ataque al poblado habría servido para iniciarlos en el combate. Más allá de la hoguera que los congregaba se encontraba el botín del asalto, los caballos que tanto Eileen como su hermano conocían muy bien, pues ellos mismos se habían encargado de cuidarlos.

Fergal hablaba a los suyos acerca de una pelea que un día había mantenido con su hermano. El líder de la tribu gesticulaba emulando los movimientos con los que supuestamente había logrado inmovilizarle, y todos a su alrededor estallaban en carcajadas.

El silbido del dardo lanzado por Eileen transformó las risas en lamentos. El certero ataque de la guerrera provocó que el más joven de los acompañantes de Fergal cayera al suelo, dejando al descubierto la sangre que brotaba de su mortal herida. Los otros miembros de la tribu entraron en un estado de confusión que para algunos fue una auténtica desesperación, pues no todos tenían en aquel momento sus armas a mano.

Eileen y sus acompañantes irrumpieron a voz en grito mientras abandonaban la oscuridad que los cobijaba, cayendo decididamente sobre sus enemigos. Cedric arremetió con fuerza contra otro de ellos, asestándole una puñalada en el costado. Aquellos que tenían cerca las armas pudieron reaccionar a tiempo para hacerlas chocar con las de los recién llegados. Fergal sujetó su espada con fuerza y resistió la primera acometida.

Alrededor de las llamas, los filos de los cuchillos y falcatas centelleaban y chirriaban en unos choques que presagiaban el inminente derramamiento de sangre. El caos se adueñó del claro del bosque, los gritos se multiplicaron y la sangre de los primeros cadáveres empapó la tierra. Algunos intentaron huir; otros, heridos, quedaron en el suelo incapaces de levantarse.

Eileen degolló a uno de los jóvenes, que erró en su precipitado ataque. Cuando quiso darse cuenta, estaba rodeada de cadáveres y tan solo Fergal se encontraba allí para hacerle frente.

—Voy a matarte, como maté a tu padre —dijo el asesino, con un tono confiado en sus amenazas—. Y luego te cortaré la cabeza y la pondré junto a la suya, atrapando tu espíritu para siempre.

Fergal caminó hacia Eileen, con paso desafiante y la espada teñida de sangre.

—Asesino... ¿Creeías que iba a permitir que escaparas? —Eileen sujetó con fuerza su espada—. Será tu cabeza la que acabe separada del cuerpo. Tu cadáver se consumirá en la hoguera que tú y los tuyos habéis encendido.

Sin dar respuesta a la amenaza de la guerrera, Fergal se dispuso a matarla con su falcata. Falló en su ataque, y Eileen no dudó en darle un tajo en la pierna, haciéndole caer de rodillas. Trató de levantarse, pero la herida era profunda y le impidió ponerse en pie. Sintió la piel abrasada allí donde la sangre empezaba a brotar, casi a borbotones. Fergal solo pudo quedar inmóvil, con la mirada fija en quien iba a rubricar su final. Vio el brillo centelleante que desprendían los ojos de Eileen, como una chispa dorada similar al color de sus cabellos. La guerrera dejó escapar un grito de rabia mientras hundía su espada en el pecho de Fergal, que murió en el instante en que su cuerpo, tras balancearse lentamente, terminaba cayendo de bruces contra el suelo, cerca de la hoguera.

Como si aquello no fuera suficiente, Eileen se acercó al cadáver y, con un contundente golpe de espada, cercenó la cabeza de Fergal. Después de arrojarla a la hoguera, hizo lo mismo con el cuerpo. Al arrastrarlo hasta el fuego, vio brotar una masa de humo que abandonaba la hoguera, como si el espíritu de aquel miserable hubiera huido de las llamas.

La guerrera miró a su alrededor. Estaba sola, rodeada de los cuerpos de quienes habían caído en aquel combate desenfrenado. El pánico se apoderó de ella al pensar en su hermano. Recorrió el claro del bosque temiendo encontrarle entre los caídos en el combate. Para su desgracia, así parecía haber sido. El cuerpo de Cedric yacía inmóvil en uno de los extremos.

—¡No! ¡Tú no! —gritó con desesperación mientras acariciaba los cabellos de su hermano, olvidándose de todo cuanto pudiera ocurrir a su alrededor. Poco le importaba ya si algún enemigo que hubiera sobrevivido a la emboscada la atacaba por sorpresa y acababa con ella. Una parte de su corazón deseaba que así fuera, convencida de haber perdido lo único que le quedaba, su única razón para seguir respirando.

—Ahora ya descansas junto a nuestra familia —susurró al oído de su hermano, dejándose llevar por un dolor que embargaba su cuerpo y encogía su corazón.

Cerca de donde se encontraba tendido el cuerpo de Cedric, se escucharon tosidos y una voz que, convertida en susurros, pedía clemencia. Eileen se acer-

có al joven que, malherido, suplicaba por su vida. Era uno de los que había visto junto a Fergal, riendo sus bromas. No dudó en apagar su vida con un golpe de espada. Después, tan solo quedó el murmullo provocado por las crepitantes llamas de la hoguera.

Eileen cerró los ojos, tratando de asimilar lo que había sucedido en apenas cinco días. En su interior, una voz clamaba contra el dios Lugh, increpándole por haber trastornado su existencia de un modo tan cruel y en tan poco tiempo.

Perder a su abuelo ya había sido dramático por las circunstancias de su muerte. Aquella primera tragedia había sido el prelude de la pérdida de los demás seres queridos. Su padre, asesinado por Fergal; su madre, muerta a causa del fuego provocado por el incendio que había arrasado su poblado. Y ahora, Cedric.

Eileen lloró amargamente y abrazó a su hermano, recordando todo cuanto había perdido. Un manantial de lágrimas desbordaba sus mejillas y las diminutas gotas de dolor caían sobre el joven rostro de Cedric mientras su mente la llevaba a recorrer ese pasado que ya nunca regresaría. La imagen de un amanecer junto a su padre, escuchando el sonido del mar mientras el sol se desperezaba y asomaba lentamente en el horizonte; la imagen de tantas noches en las que, al calor del fuego, su abuelo contara leyendas que parecían incluso estremecer a las propias llamas de la hoguera, como si estas hubieran sido invocadas por las plegarias de un poderoso druida; imágenes de un pasado que pronto amenazaría con caer en el vacío del olvido, en el rincón más escondido de un alma rota.

Cuando volvió en sí, su corazón se llenó de alegría al ver a su hermano abrir los ojos, despertando del sueño en el que el enfrentamiento le había sumido.

—¡Estás vivo! —besó sus mejillas.

Cedric no respondió. Tan solo movió ligeramente la cabeza, con una sonrisa dibujada en su rostro humedecido por las incesantes lágrimas de su hermana, que ahora eran de alegría.

—Tenemos que irnos de aquí —Eileen miró a su alrededor, temiendo que pudiera haber alguien más allí. Tan solo vio la muerte que, en torno a ellos, había dejado un rastro de cuerpos sin vida. Los cadáveres de los bandidos se mezclaban con los de aquellos que habían decidido seguirla en su deseo de venganza. Dirigió la mirada al fuego, en cuyo interior el cuerpo calcinado de Fergal permanecía semienterrado entre los demás restos de una hoguera que empezaba a languidecer por la falta de alimento.

—¿Dónde...? —Cedric trató de incorporarse, pero un intenso dolor en su pierna evitó que pudiera ponerse de pie—. ¿Dónde están los demás?

—No lo sé. Es posible que los que han sobrevivido hayan ido en persecución de aquellos miembros de la tribu que han tratado de escapar.

—¿Y Fergal?

Eileen señaló la hoguera.

—Está muerto. Pronto quedará convertido en polvo y cenizas de esta tierra maldita. Hemos vengado a nuestra familia, Cedric.

—Entonces, ¿volvemos al poblado?

—¿Al poblado? —Eileen respiró profundamente—. No, Cedric. No volvemos al poblado. Allí solo nos esperan los terribles recuerdos de la muerte de los nuestros. Y quién sabe si encontraremos por el camino a más de esos asesinos. Tenemos que huir.

—¿Adónde? —preguntó el chico, que dejó escapar un grito de dolor cuando finalmente pudo ponerse en pie.

—No lo sé. Hacia el este, supongo. Pero no sé lo que podemos encontrar por el camino. Nunca he estado tan lejos de nuestras tierras, pero debemos correr el riesgo de averiguar lo que hay más allá.

—No tenemos comida, ni agua...

—Pero tenemos algo con lo que poder conseguir ambas cosas —Eileen señaló en dirección a los caballos—. Nos detendremos en el primer asentamiento que encontremos y cambiaremos uno de los caballos por agua, alimentos, ropas y tal vez algún arma.

Cedric asintió a las palabras de su hermana. Con una ostensible cojera, caminó lentamente, arrastrando su pie derecho.

—Y esperemos que nos permitan pasar allí el tiempo suficiente para que te recuperes —añadió Eileen.

El chico reunió las fuerzas suficientes como para poder subir a un caballo, gracias a la ayuda de su hermana, que después deshizo los nudos que mantenían a los animales presos, casi inmóviles. Estaban amarrados a las ramas de uno de los grandes robles que, como robustos guardianes, destacaban con poderosa presencia frente a otros árboles que daban forma al bosque.

A punto de abandonar el paraje, Eileen se percató de que el claro en el que se encontraban parecía tener una forma circular casi perfecta, como si los propios árboles hubieran sido capaces de alinearse de un modo tan sorprendente. Su mirada se sobresaltó al distinguir, en una rama, los brillantes ojos de un cuervo que parecía esperar a que se fueran de allí. Pronto daría comienzo el festín de carne que la muerte había servido a las aves que se congregaban en medio de la penumbra de la noche.

—¿Puedes montar? —Eileen observó los gestos de dolor de su hermano, que trataba de evitar cualquier quejido o lamento.

—No me queda otra opción —respondió el chico, fingiendo una sonrisa.

Eileen hizo avanzar a su caballo, al que había amarrado otros tres más. El resto los había soltado, con la esperanza de que encontraran el camino de vuelta al poblado.

—Vámonos de aquí. Es hora de dejar atrás todo lo que hemos sido hasta ahora.

Se sorprendió al ver transformados sus pensamientos en palabras, rememorando la conversación que había tenido con su anciano abuelo momentos antes de su muerte. Sus recuerdos más recientes la golpearon de forma cruel, casi traicionera. De la noche a la mañana, el destino le había arrebatado todo cuanto tenía; todo, menos a su hermano, que, montando sobre su caballo, trataba de resistir el punzante dolor que lo martilleaba con cada segundo que pasaba sobre la montura.

La noche estaba llena de penumbras, sombras en cuyo interior podrían ocultarse nuevos peligros aún por descubrir en unas tierras que para Eileen y su hermano resultaban desconocidas. En ese instante tal vez el mayor peligro sería quedarse allí, o quizá tratar de regresar a las ruinas de su poblado.

—Eileen, ¿adónde vamos? —preguntó Cedric, con voz quebrada.

—De momento, tan solo podemos huir de la muerte —respondió la guerrera, guiando a su caballo a través de la oscuridad que se abría en medio del bosque.

